

nera un hombre útil y hacia que los jefes de sus ejércitos titubeasen en sus empresas. Era un sistema enteramente contrario al de Roma, donde el pueblo y el Senado salieron á recibir al cónsul vencido en Cannas para darle gracias por no haber desesperado de la salvacion de la patria y convertirle en un héroe deseoso de tomar el desquite.

Muy comercial Cartago, era tambien agrícola, y sus alrededores, muy fértiles, estaban admirablemente cultivados; viólos Polibio «cubiertos de jardines y árboles, de canales para el riego, de casas de campo á la sombra de los olivos y las viñas con praderas siempre verdes y risueñas.» Ocupábanse tanto los principales ciudadanos como los más elevados magistrados en la agricultura, y varios de ellos escribieron sobre este asunto tratados que los romanos aprovecharon. Magon, con particularidad, trató de todos los trabajos campestres en una obra de diez y ocho libros, que desgraciadamente se han perdido. Los hijos de las grandes familias eran educados en los templos desde la edad de tres años hasta doce; aprendían en el intermedio de doce á veinte lo concerniente á la industria y diferentes oficios, y despues de los veinte años se les instruía en los ejercicios militares. Debían entonces elegir la carrera en que querían entrar, ya fuera el sacerdocio ó la marina, el comercio, la industria ó la guerra. Pronto fué la lengua griega la dominante en el país, y profesores griegos enseñaban la filosofía.

Tenemos por único monumento del idioma de los cartagineses algunos versos de Plauto, quien al fin del *Pænulus*, hace decir á un mercader de esta nacion en su idioma vulgar, palabras que otra persona traduce en seguida en latin. Pero aunque se han tomado gran trabajo los sabios, ninguno, segun creemos, ha encontrado una interpretacion que satisfaga, ni aun el mismo Bellerman.

Si se dá crédito á Estrabon, setecientas mil personas fueron sitiadas en Cartago por Escipion; pero aun admitiendo que se hubieran refugiado allí muchos habitantes de las campiñas comarcanas, el número es seguramente exagerado, y la poblacion comun no debió pasar de doscientas cincuenta mil almas. Estaba repartida en tres principales cuarteles ó barrios; la ciudad nueva llamada Megara, rodeada

de una muralla que en ciertos parajes era triple; la más próxima á la parte interior tenía treinta codos de elevacion con gran número de torres; habian hecho un edificio, cuyo piso bajo servia para alojar trescientos elefantes y cuatro mil caballos, además de los forrajes y equipos militares.

En la altura se levantaba el cuartel de Birsá (la Ciudadela).

Comprendía el tercero el puerto militar y la isla de Coton, de donde tomaba el nombre y se comunicaba con el puerto del mercado.

Escepto algunas inscripciones, nada ha salido de aquellas ruinas que pueda darnos á conocer el estado de las artes púnicas. Nada demuestra tampoco que el admirable acueducto de sesenta piés de altura, del cual Carlos V mandó sacar un bosquejo y sirvió de modelo al Ticiano para un tapiz de la casa de Austria sea obra de los cartagineses ó de los romanos. El agua que conduce, se recibe en diez y seis inmensas cisternas que se comunican entre sí, y que no tienen menos de cuatrocientos treinta piés de ancho.

Tal era el Estado contra el cual tenía que lidiar Roma.

## CAPITULO XVIII

### Primera guerra punica.

Al cuarto siglo de su fundacion se muestra Cartago formidable conquistadora, lo cual debe á la familia de Magon principalmente. Su primer objeto era apoderarse de la Sicilia, mas detuvóla en sus proyectos Siracusa, que con no ménos ardor se proponía lo mismo. Desde el momento en que Gelon hubo derrotado á los cartagineses, que, para impedir á las colonias socorrer la Grecia invadida por Jerjes, habian penetrado en Sicilia, nada sabemos de ellos en el discurso de setenta años, sino que extendieron y consolidaron su dominacion en Africa. Nuevamente se empezaron á entremeter en los asuntos de Sicilia durante la tiranía de Dionisio, y despues, como ya hemos visto, bajo Agatoclo. Aquellas guerras tenían indudablemente por causa la importancia de la isla, si bien propendían asimismo á ocupar á los ciudadanos más poderosos, temiendo que con su crédito y riquezas les fuese fácil hacer servir á sus inte-

reses á las tropas mercenarias y sofocar la libertad en su patria. Es probable que á fuerza de persistencia, de habilidad y merced al inagotable poder del oro, hubieran llegado á avasallar la Sicilia á no ser por la rivalidad de los romanos.

Antiguamente habia encontrado Cartago en los mares á ese pueblo, cuando ya poderoso bajo sus reyes, luchaba contra los etruscos. Poseemos documentos que no dan lugar á dudas. En el mismo año de la expulsion de los Tarquinos, celebró Cartago un tratado con Roma (508), que es el documento más antiguo de la República romana. Allí se estipula que ésta y sus aliados hacen alianza con Cartago, á condicion de no navegar allende el cabo Bello, á menos de ser impelidos por la tempestad ó por el enemigo; aun en este caso se obligan á no traficar, salvo en los objetos estrictamente necesarios para el avituallamiento de los buques y el culto de los dioses, y á hacerse á la vela dentro del preciso término de cinco dias. No obstante aquellos de sus mercaderes que arriben á Cartago estarán libres de derechos y se harán bajo la fe pública las ventas; hasta obtendrán privilegios en la parte de Sicilia sometida á los cartagineses, que además no causarán perjuicio alguno á los pueblos de Ancio, de Ardea, de Laurencio, de Circei, de Terracina, ni á ningun otro pueblo latino dependiente de ellos, ni daño á las ciudades independientes; si tomaren alguna se la restituirán intacta á los romanos; no construirán fortalezas en los países de los latinos, y si entraren en ellos con armas, no harán allí noche.

Este precioso documento bastaria para demostrar cuán inexactas son las narraciones de los escritores que nos representan á Roma como débil mientras no tomó con la libertad su vuelo, cuando la vemos aquí potencia marítima, soberana de muchos pueblos latinos y protectora de los otros.

Cartago se muestra por otra parte celosa de conservarse dueña del Mediterráneo, y este motivo la induce á fijar límites á la navegacion extranjera, dejando, no obstante, á los mercaderes la libertad del comercio con la Libia y la Cerdeña. Por otro segundo tratado fueron asociadas las ciudades de Tiro y Utica y sus aliadas á los cartagineses. Convínose en que

si éstos se apoderaban de alguna ciudad latina independiente de Roma, se la cedieran sin reservarse más que el oro y los prisioneros; si los cogían en un pueblo que estuviera en paz con los romanos, aunque no bajo su dependencia, no los harían entrar en los puertos romanos; de otro modo se les restituiría la libertad sólo con que tocaran á un ciudadano. Estipulóse reciprocidad por parte de los romanos que consintieron en no erigir ciudades en Africa ni en Cerdeña; pero pudieron comprar y vender en los países cartagineses en igual pié con los indígenas, y lo mismo los cartagineses en el territorio romano.

Cuando Pirro invadió la Sicilia, hicieron Roma y Cartago un convenio por cuyo tenor se obligaron á no tratar separadamente con el rey de Epira. Debía Cartago en caso de necesidad suministrar buques, mas no podía desembarcar en Italia sin el beneplácito de Roma. Juzgando los cartagineses que la expulsion de Pirro era un caso de necesidad, enviaron por socorro á Ostia treinta galeras; pero Roma les dió gracias y las despidió, por evitar que al conseguir la victoria se llevaran esclavos y despojos del suelo italiano.

Esforzábase, pues, cada una de las ciudades para impedir que la otra poseyera nada en las tierras de su dependencia, y trataban bajo el pié de una igualdad absoluta. No obstante la constitucion interior de ambas repúblicas establecía entre ellas una gran diferencia. Cartago poseía suficiente oro para comprar tantas tropas como quisiera; pero Roma tenía la natural preponderancia de una ciudad belicosa sobre una nacion comercial. Superábala por mar Cartago, pues sería un error deducir de lo que llevamos dicho que poseía Roma buques de alto bordo; y en nuestros dias hemos visto ser formidable la marina de los Estados berberiscos sin armar navios de línea. Cuando por otra parte se fija la atencion en lo que eran hace pocos siglos, Génova, Venecia, la Toscana, y en lo que son actualmente, no hay motivo para asombrarse de que Roma hubiese perdido su importancia naval en tan poco tiempo; ocupada en sujetar la Italia dejó que se deteriorara su marina en vez de mantenerla al nivel de las mejoras que introducían en la suya Dionisio y los cartagineses. Así al estallar la

primera guerra púnica se encontró desprovista de recursos bajo este aspecto.

Aquel estado de cosas debía ser alterado por los sucesos que se verificaban en Sicilia, según lo había vaticinado Pirro. Siempre agitada esta isla, ora por los excesos de la tiranía, ora por los de la libertad, se hallaba á la sazón dividida entre los cartagineses, los siracusanos y los mamertinos. Reducidos éstos al último apuro por Geron, rey de Siracusa, resolvieron entregarle Messina, última posesión que les había quedado. Pero en el momento en que se adelantaba este rey para ocuparla, celoso Anibal, general de los cartagineses, del creciente poder de Siracusa, le impuso respeto y envió tropas á Messina. Colocados de este modo los mamertinos entre dos enemigos, tornaron como campanios sus ojos á Italia y demandaron auxilio á Roma.

Opusiéronse los ciudadanos honrados á una intervención injusta; aprobábanla los hombres políticos mirándola como una ocasión de adquirir nuevas posesiones y de estorbar el engrandecimiento de Cartago; y si bien la negó el Senado, la decretó el pueblo siendo ya preponderante en la república la democracia. Appio Claudio el tribuno embarcó las legiones, parte á bordo de los bageles de la Gran Grecia, parte en barcos chatos, aun cuando los mamertinos desistieron de la demanda. La flota cartaginesa y una tempestad dispersaron este armamento. Intentando Hannon apelar á la lealtad romana, da libertad á los buques que habían sido apresados; pero querellándose los enviados de la violación de los tratados con declarar que Cartago no consentiría que Roma se apoderara del estrecho, Appio Claudio, elegido cónsul, se obstina en la expedición, engaña la vigilancia de los cartagineses, toma tierra y derrota á á los siracusanos, con tal presteza, que el mismo Geron confesaba no haber tenido siquiera tiempo de aperebirse de la maniobra. Comprendiendo este rey hasta qué punto le sería mas ventajosa la amistad de un pueblo sin naves que la de los cartagineses, celebró con los romanos una alianza, cuyas condiciones observó fielmente (261). Estos, violando el derecho público, se apoderaron del puerto de Messina, y bajo pretexto de tener una conferencia aprisionaron al general cartaginés, quien para

obtener su libertad hizo que la guarnición abandonase la plaza; traicion ó cobardía por la que Hannon fué castigado en el suplicio de la cruz al regresar á su patria.

Resplandeció entonces á los ojos de los romanos la posibilidad de expulsar de la isla á los cartagineses. Y en efecto, en ménos de diez y ocho meses se habían hecho dueños de sesenta y siete plazas fuertes y de la ciudad de Agrigenta, defendida por dos ejércitos de cincuenta mil hombres. Se puede formar idea del estado en que se encontraba Sicilia, recorrida en todas direcciones por tan enorme número de tropas. ¡Y qué clase de tropas! Sólo en la ciudad de Agrigenta, cuya conquista costó veinte mil hombres á los romanos, vendieron éstos veinticinco mil hombres libres. No pudiendo lograr Hannon la restitución de Messina, ocupada contra todo derecho, hizo pasar á cuchillo á todos los italianos que servían bajo sus banderas. A fin de acallar Amilcar las murmuraciones de los galos que tenía á steldo, les concede el saqueo de Entella: luego da secreto aviso de esto á los romanos, quienes, emboscándose, los degüellan cruelmente. Estos son los desafueros tan ensalzados por los antiguos como excelentes estratagemas de guerra.

Sin embargo, comprendieron los romanos que ya era imposible conquistar y conservar la Sicilia y defender la costa y las ciudades contra la escuadra cartaginesa, sin contar para resistirles con una marina. Suministróles el modelo que debía imitar una galera cartaginesa que había naufragado, la cima de los Apeninos la madera necesaria, y su índole la perseverancia. Sesenta días les bastaron para construir ciento treinta naves de madera verde; la tripulación se ejerció con prontitud en la maniobra, y para anular la superior habilidad de sus adversarios, inventaron los rastrillos, especie de puentes que, asentados en el buque enemigo, quedaban sujetos con garfios y abrazaderas de hierro; lo cual reducía la lucha á combates cuerpo á cuerpo como en tierra firme. El uso de esta máquina valió al cónsul Duillio la primera victoria marítima, en cuya memoria se erigió una corona adornada de rastrillos. Además se decretó que el vencedor fuera precedido por fanales cuando se retirara de noche á su morada, y acompañado al son de clarines. Con-

tinuó la fortuna siendo favorable á los romanos, que se apoderaron en los años siguientes de Lipari y de Malta; despues de Córcega y de la Cerdeña.

Cuando despues de su derrota conducía Anibal á Cartago los tristes restos de su escuadra, temeroso del castigo que reservaba su patria á los generales vencidos, hizo que le precediera un enviado con encargo de decir al senado:—*El cónsul romano se halla al frente de una numerosa escuadra; pero son de malísima construcción sus naves, aunque armadas de máquinas no usadas hasta el día. Anibal os pregunta si debe presentar batalla.*

—*Pues que combata,* respondieron los sufetos, *y castigue á los romanos por haber osado atacarnos en nuestro elemento.*—Movido por las mismas razones que vosotros, repuso el enviado, *ya ha peleado y ha sido vencido.* A este artificio debió el desafortunado almirante eximirse de una condena.

Ya Agotoclo había demostrado cuán débil era Cartago contra el enemigo que le acometía en su territorio, donde las colonias oprimidas y las ciudades rivales acudían en socorro de sus adversarios. Pensó, pues, Roma en hacer un desembarco en Africa; pero Atilio Régulo hubo de recurrir á las amenazas para decidir á los soldados á emprender lo que llamaban una travesía demasiado larga. Por otra parte, los numerosos italianos, obligados por Roma á remar á bordo de sus galeras, habían tramado de concierto con los esclavos una conjura, que abortó por la traición solamente. Hizose en fin Régulo á la vela con la escuadra más numerosa que había zarpado nunca de los puertos del Lacio; dispersó la de los cartagineses, y habiendo desembarcado en Africa, se hizo en breve dueño de doscientas ciudades (257). Al ver plantadas las águilas sobre las murallas de Tunez, tan próximas á las suyas, pidió la paz Cartago, y Régulo hubiera podido obtener entonces condiciones á que no suscribió Roma despues de trece años de guerra y de una pérdida de más de cien mil hombres; pero temiendo dejar á otros la gloria de una expedición á que había dado principio, respondió que no otorgaría la paz á Cartago mientras conservara en el mar un solo buque. Reducidos á la desesperación por la arrogancia de semejante respuesta, in-

digna de un gran capitán, confiaron los cartagineses el mando de sus fuerzas al espartano Xantippo, acaso uno de los que huían de su patria por no ser testigos de su humillación. Este nuevo caudillo conoció que la victoria no dependía del valor de los romanos ni de la cobardía de los cartagineses, sino de la falta de generales. Enseñó á su ejército á hacer mejor uso de los elefantes y de la caballería; atrayendo en seguida á los romanos á campo raso, los venció cayendo el cónsul prisionero.

A dar crédito al relato de algunos historiadores, entonces enviaron los cartagineses á Roma al mismo Régulo para invitar á sus conciudadanos á consentir en el cange de prisioneros despues de exigirle el juramento de volver si no lo conseguía. Pero prefiriendo á su propia salvación el interés público aconsejó al Senado continuar la guerra y dejar morir prisioneros á aquellos que no habían sabido conservar su libertad. Esclavo de su promesa volvió á Cartago, donde le aguardaban crueles tormentos. Compiendo entonces Roma en barbarie con su rival entregó á la venganza de la mujer de Ré-mulo los prisioneros cartagineses, á quienes hizo vivir en cruel agonía hasta que volvió la autoridad pública á encargarse de ellos.

Nos inclinamos mejor á creer, atendida la recelosa envidia de aquel gobierno de mercaderes, que haciendo sombra Xantippo á los cartagineses, como á los venecianos Carmañola, aceleraron el fin del que los había hecho vencedores, ya embarcándole á bordo de un buque destinado á pasarse por ojo, ya encargando á asesinos que le arrojasen al mar. En efecto, desde entonces no se volvió á saber su paradero.

Encendióse de nuevo la guerra en Sicilia; la victoria fué por espacio de ocho años contraria á los romanos que perdieron cuatro flotas (248). Su mayor revés fué el que sufrieron bajo el mando del cónsul Claudio Pulchero. Habiendo éste consultado á los pollos sagrados, y viendo que no comían, exclamó: *¡Pues bien! que beban,* y mando arrojarlos al mar. Desanimó la impiedad del general á los soldados, que fueron vencidos antes de pelear. Fué tomada por los cartagineses Agrigenta y enteramente arrasada. Pero en fin consiguieron los romanos una victoria decisiva en Palermo, la cual hizo que toda la Sicilia cayese en su poder, escepto Dre-

pana y Lilibeá. Podían ser considerados estos dos promontorios á Occidente de la isla como avanzadas de Cartago; era, pues, su posesion de grande importancia, mas fueron vanos todos los esfuerzos que se intentaron para apoderarse de ellos, gracias á Amilcar Barca, general consumado y padre de Anibal (247). Atrincherado en el promontorio de Fryx con soldados galos en su mayor parte, sin aliados en las inmediaciones, sin fortalezas ni esperanzas de socorro, supo sostenerse dirigiendo desde allí sus incursiones, hasta las costas de Italia y Cumas, y varias veces batió á los romanos. Envió Cartago á apoyarle una flota de dinero y provisiones, pero pocas tropas (241). Fué derrotada ésta con una pérdida considerable por Lutacio que la encontró cerca de las islas Ægatas, quien llevaba doscientos triremes. Acabaron los galos por abandonar á Amilcar, y se pasaron á los romanos, quienes por la primera vez tomaron á sueldo bárbaros.

Habia, no obstante, perdido Roma setecientas galeras en los combates navales, por la inexperiencia de sus marinos, y aún más por las dificultades de la navegacion en la costa de Africa, dificultades que tuvieron que sufrir hasta los mismos barcos franceses en 1830; apenas tenia que echar de menos quinientas Cartago. Escaseaba tanto entonces el dinero en la ciudad del Tiber, que la fanega de trigo se vendia en un as. Pero Roma, cuya perseverancia era indomable, vivia de la guerra; Cartago del comercio. Ayudaba la avaricia de los cartagineses á la humanidad, calculando lo que producía la interrupcion del comercio y el aumento de gastos, y haciéndola pedir la paz en consecuencia. Roma, que habia rehusado por seguir, si se quiere, el consejo de Régulo, consintió en ella despues de tantos ruinosos gastos y tanta sangre derramada inútilmente. Se ajustó con las condiciones siguientes: *Que los cartagineses abandonarían la Sicilia y las islas próximas; pagarían á los romanos en el término de diez años 2.200 talentos para contribucion de guerra; restituirían los prisioneros y desertores y no harían la guerra á Geron rey de Siracusa* (241).

Introdujo Roma en Cerdeña y en la parte de la Sicilia que le pertenecía, el gobierno de las provincias, así se llamaban las tierras conquistadas fuera de Italia, y á las cuales se en-

viaba cada año un pretor y un cuestor; el primero para juzgar los asuntos civiles, y el segundo para percibir los tributos. Habíase aumentado el poder aristocrático en el interior como acontece en los países libres durante las largas y felices guerras. Cerróse el templo de Jano; pero debia abrirse pronto para no volverse á cerrar sino bajo Augusto.

Estalló la primera guerra contra los ilirios, quienes á despecho de los tratados, hacian incursiones sobre el litoral del Adriático, y atacaban sus barcos (230—227).

Enviaron los romanos, á Teuta, su reina, á quejarse de aquellos actos de piratería, é hizo dar muerte á los embajadores. Entonces se declaran la guerra; fué vencida y forzada á ceder una parte de sus estados. Se establecen los romanos en Iliria, y garantizan por este lado la tranquilidad de los griegos. En esta época, manifestando la liga etolia y aquea á porfía su reconocimiento á Roma, la envian embajadas y le dan gracias; admiten los corintos á los romanos á la celebracion de los juegos istmicos, y á los atenienses al derecho de ciudadanía y á los misterios de Ceres; empiezan de esta manera á encontrarse mezclados á los asuntos de la Grecia como libertadores.

Pero surgian otros enemigos en la misma Italia. Habia dejado tal impresion en los romanos el antiguo desastre de su ciudad, que siempre se habia considerado como nefasto el dia de la derrota sufrida á orillas del Alia, y que toda guerra contra los galos obligaba á la masa de ciudadanos á empuñar las armas sin que pudiera eximirles ningun motivo; hasta se conservaba un tesoro especial en el Capitolio para los gastos de los *tumultos galos*. En el transcurso de veintitres años (389—361), á contar desde el instante en que los galos fueron repelidos de Roma, incendiada por ellos, se retiraron á la orilla del Po sin salir de aquel territorio. Luego empezaron nuevamente á inquietar con sus incursiones el Lacio y la Campania. Lanzóles de allí Roma, pero tornaron á presentarse y despues de una alternativa de incursiones y de derrotas por ambas partes (336), se celebró la paz (299). Al parecer habian desistido durante mucho tiempo de sus incursiones cuando cruzando los Alpes y otras nuevas bandas, bajaron á la Galia Cisalpina y pidieron tierras;

entonces les fueron señaladas las florecientes campiñas de la Italia central. En esto, hallándose la Etruria en situacion de resistir sus ataques, ofreció tomarlos á sueldo para pelear contra Roma. Aceptaron, más no bien percibieron el precio convenido, cuando se negaron á marchar en busca de adversario y volvieron á pasar el Apenino.

Este hecho anuncia que los etruscos se habian en guerra con los romanos; inquietáronles los samnitas en la misma época, y conociendo que los débiles sólo asociándose pueden resistir á los fuertes, formaron con los primeros (296) una liga contra Roma, desde entonces predominante. Enviaron los nuevos aliados embajadores á Sena, Bononia, Mediolano, para pedir socorro á los galos; obtuvieronlo y lidiaron con ellos por la independencia de Italia; mas sucumbieron todos (295) ante el valor de Appio Claudio, de Fábio Máximo y de Decio. Una vez que hubo avasallado Roma á los Estados itálicos despues de una encarnizada guerra, encargó á Dolabela que fuera á devastar el territorio de los senones, en el momento mismo en que Lucilio Metelo, el otro cónsul, derrotaba á su ejército en Arecio (284). Prevaleció la disciplina sobre el ímpetu de los galos; hombres, mujeres y niños fueron pasados á cuchillo con cuanto se encontró en el territorio de los senones. Druso llevó á Roma mucho oro y ornamentos hallados en el tesoro de éstos, jactándose de haber recuperado todo el rescate pagado por la libertad del Capitolio, y se estableció una colonia en Sena.

Ya Roma habia fundado muchas (283); pero esta fué la primera en el territorio galo, centinela avanzada del lado de la Cisalpina y foco de la intriga y del espionaje. A la sazón gozaban los galos en la Italia superior de prosperidad y de abundancia, de tal manera que se vendia en cuatro óbolos una medida de trigo; en dos una medida de cebada ó de vino; y en las hospederías en vez de pagar un tanto por cada manjar, costaba la comida solamente un cuarto de óbolo. No debe pues sorprendernos que renunciaran á su antiguo furor de conquistas; por eso cuando At y Gal, reyes de los boios, establecidos en los alrededores de Bolonia, manifestaron la intencion de declarar la guerra á los romanos (236) y de apoderarse de Arimonio,

colonia fundada en 268, fueron asesinados por el pueblo.

Sin embargo, su consejo interesaba al país, porque desde Arimonio y desde Sena no cesaban los romanos de sembrar [cizaña] entre los galos, poniendo trabas al comercio, especialmente al de armas. En fin, el cónsul Flaminio propuso que las tierras arrebatadas á los senones cincuenta años antes, y retenidas en gran parte en poder de los patricios, fuesen también distribuidas al pueblo y reducidas á colonias (233). Este último golpe despertó á los boios y ensayaron oponer una liga de la Italia superior al peligro. Mas celosos de sus vecinos los venetos, nacion slava establecida á orillas del Adriático, no quisieron entrar en la alianza. Con el dinero de los de Roma habian sido ganados los cenomanos; despues de una larga guerra sostenida con toda su intrepidez nativa (238—223), se habian visto acosados los injurios en sus inaccesibles madrigueras por el cónsul Fulvio; Boebio les atrajo á la llanura y Postumio los desarmó, no dejándoles más que el hierro necesario para los trabajos de los campos. Reducidos de este modo los boios y los insubrios á contar únicamente con sus fuerzas, recurrieron á sus compatriotas allende de los Alpes, formando la liga de los gaisdas (*Gesatae*). Juntáronse entonces á orillas del Po los lingones, los anamanos, los boios y los insubrios (231). Pero inquietados á retaguardia por los cenomanos y los venetos, debió quedarse una parte de ellos, para tenerlos á raya, mientras que los otros se pusieron en camino, jurando no deponeer la espada sino dentro de los muros del Capitolio.

Asustada Roma por este *tumulto* y por prodigios espantosos, creyó conjurar los presagios funestos haciendo enterrar vivos en el foro á un galo y á una gala (225); en seguida hizo empuñar las armas á todos sus ciudadanos. Ya no distaba el enemigo más que tres jornadas de Roma, cuando prevaleció la fortuna latina, siendo exterminados en Telamon los galos. Para aprovecharse los nuevos cónsules de la victoria invadieron la Cispadana; favorecidos al año siguiente por la traicion de los cenomanos, pasaron el Po cerca de la embocadura del Adda. Viéndose á su vez reducidos á la extremidad los galos, sacaron del santuario las *Inmóvi-*

les (224); llamaban así á las enseñas de oro puro, veneradas por ellos como el estandarte de Mahoma por los turcos, y armada toda la nacion se agrupó en torno de ellas. A pesar de todo fueron vencidos de nuevo. Milan cayó en poder del enemigo con el resto de la Insubria, y Marcelo pudo ofrecer los despojos de su caudillo Viridumana á Júpiter Feretrió. Roma se entregó al alborozo de un triunfo solemne; y para santificarlo mejor degolló uno á uno á todos los prisioneros de una nacion á quien daba el nombre de bárbara. Fundó junto al Po las colonias de Plasencia y Cremona, y ensoberbecida con haber dominado á los insubrios, consolidado su dominacion en los dos mares que la separaban de España y Grecia, ocupado la Istria y la Iliria, sometido suficiente país en Italia para armar á su albedrío ochocientos mil hombres, desafió insolentemente á su única rival, Cartago.

## CAPITULO XIX

Segunda guerra púnica.

Era fácil conocer que la paz de las islas Egatas no venia á ser más que una tregua en total ventaja de Roma, y que apenas reparase sus pérdidas, despues de haber arrebatado á su rival el honor de las armas y su influencia política, hallaria cómodamente un pretexto para arrancarle además tanto sus riquezas como su independencia. Con efecto, aquel odio nacional que se emponzoña á tan alto punto en las repúblicas, se habia declarado entre las dos naciones representantes de las razas de Cham y de Jafet, y comprendian que la vida de la una debia traer consigo la muerte de la otra. Es cierto que en el curso de una de las más mortíferas guerras, Roma habia perdido ciudadanos y Cartago mercenarios; pero la primera poseia el arte de reparar la sangre perdida adoptando nuevos hijos, al paso que la otra reclutaba enemigos en sus soldados. Ya habian causado graves inquietudes á los generales cartagineses; hemos visto á tres ó cuatro mil galos, enviados á la carnicería bajo los muros de Agrigenta; otros fueron abandonados en una isla desierta y condenados á morir allí de hambre. Celebrada la paz hubo que pensar en licenciar las tropas mercenarias, porque habituados los cartagineses

á la especulacion y sintiendo el dispendio, hubieran querido eximirse de pagarlas; éstas reclamaron en alta voz su sueldo, y los sucesores de Amilcar (241 á 238), quizá por espíritu de hostilidad contra la faccion que queria la paz, les sugirieron la idea de ir á Cartago á hacer valer sus pretensiones. Encamináronse allí efectivamente las bandas, y expresándose en diversos idiomas, reclamaron con arrogancia los atrasos de sus sueldos. Pagándoles Cartago con buenas palabras y pretextando la penuria del tesoro, quiso que se contentasen con una suma inferior á la que se les debia.

Aquellos hombres temibles tuvieron algo de paciencia, pero mientras aguardaban veian cuál era la riqueza del país más comercial del globo, y cuán fácilmente triunfarian de sus industriales moradores. Amotináronse, pues excitando á la independencia á las ciudades africanas, dispuestas siempre á favorecer á los enemigos de sus tiranos, y mucho más irritados entonces porque habian agravado el peso de los tributos. Júntanse setenta mil africanos á los veinte mil auxiliares y asedia á Cartago, que se encuentra aislada en medio de rebeldes y de extranjeros. En lo interior se acusan reciprocamente las facciones; por último prevalece la de Barca, porque la inminencia del peligro hace que el brazo de Amilcar sea necesario.

Habiéndose encargado otra vez este general del mando, soborna á los numidas á fuerza de dinero, de modo que, privados los rebeldes de caballería, empiezan á padecer escasez de viveres. Más irritados que domeñados aprisionan á Giscon, enviado para tratar con ellos, y despues de haberle mutilado, así como á setecientos cartagineses ó personas adictas á ellos, á quienes cortan las orejas y las manos, desjarretándolos y precipitándoles en el fondo de un abismo, á la par que juraban hacer otro tanto con todo el que les fuere enviado. Para usar Amilcar de represalias arrojó á las fieras á todos los prisioneros, y despues de haber reclamado el auxilio de Geron y de Roma, logró merced á la superioridad de la disciplina, cercar á los rebeldes y reducirles al hambre hasta el punto de tenerse que devorar unos á otros. En semejante apuro se presentan á Amilcar y solicitan la paz Espendio, Antarito y otros ocho

jefes. Finge Amilcar consentir en su demanda, á condicion de que le entregaran las diez personas que escogiera. No bien se formó el tratado, dijo: *Vosotros sois los diez*; se apodera de ellos y los crucifica. Entonces fué fácil arrollar á cuarenta mil hombres, privados de caudillos, y hacer en ellos tal matanza que no se escapó uno siquiera. Tambien fué cogida otra banda á las órdenes de Mathos, y durante mucho tiempo sirvieron de diversion en los espectáculos de Cartago los alaridos y la agonía de aquellos infelices.

Vencidos estos enemigos quedaba otro no ménos formidable y era su vencedor; no habiendo podido perderle los cartagineses con acusarle, le enviaron á hacer la guerra á los numidas (237), y en esta expedicion sometió toda la costa de Africa hasta el Gran Océano. De allí llevó consigo numerosas bandas de africanos, de numidas, de mauritanos, y no teniendo otra manera de mantenerlos que la guerra y el botin les condujo á la rica Iberia. Cartago hizo como que no se apercibía de ello, esperando, ya que el desnudo de los lusitanos y de los celtiberos la desembarazase del general y de su ejército peligroso, ya que si salia vencedor tendria necesidad para sostenerse de recurrir á la escuadra, con lo cual la entregaria el fruto de sus conquistas.

Puede, pues, decirse que Amilcar hacia la guerra por su cuenta, y como caudillo independiente. Repartíase el botin en tres lotes; uno para los soldados, otro para el tesoro de los cartagineses, y el tercero le servia para comprar amigos en su patria, á fin de impedir que el partido de Hannon, obstinado en aconsejar la paz, llegara á prevalecer dentro de Cartago. Todos sus pasos revelaban el pensamiento de una guerra más importante que la que hacia, pues no podia soportar el baldon de haber visto á la Sicilia abandonada en un momento de desesperacion intempestiva, y á la Cerdeña arrebatada del seno de la paz con el auxilio de otra rebelion de mercenarios. Estando á la expectativa queria indemnizarse por medio de conquistas en España, donde encontró por adversarios celtas, hermanos de aquellos á quienes habia esterminado junto á Cartago. Batiólos (227) y sometió la costa occidental de la península; pero los naturales del país, á quie-

nes el deseo de defender sus hogares aguzaba el ingenio, consiguieron vencerles soltando contra los cartagineses bueyes uncidos á carros cargados de combustible ardiendo. Esta estratagema, que causó la derrota y muerte de Amilcar, libertó á Roma de un gran enemigo, y quizá á la misma Cartago.

Entonces los partidarios de Amilcar fijaron sus ojos en Asdrubal, su yerno, que, apoyado por la clase media, estuvo á punto de dar un tirano á Cartago; mas como abortase su proyecto, pasó á España, donde se puso al frente del ejército de Amilcar. Gobernó en el país á su antojo, se granjeó por su afabilidad y política á los moradores, contra quienes hizo poco uso de la fuerza, y fundó enfrente del Africa la nueva Cartago (*Cartagena*). Quizá se propuso convertirla en sede de una dominacion española, de una rival de Cartago y de Roma; mas habia resuelto dar muerte al general cartaginés un esclavo galo, que conservaba memoria de la matanza de sus compatriotas por los Barcas y del asesinato de su amo. Halló medio de acercársele, y le siguió tan asiduamente, con aquella tenacidad particular de los asesinos del Viejo de la Montaña, que consiguió darle de puñaladas al mismo pié de los altares: ya satisfecho de haber cumplido su venganza, sufrió con la sonrisa en los labios los tormentos á que fué condenado.

Privado el ejército de su jefe, reconoció por tal á Anibal, hijo de Amilcar, mozo de veinte y un años, que habiendo salido á los trece de Cartago podia pasar por extraño á su patria. Habiale educado su padre en las rudas fatigas de la guerra española, inspirándole odio al nombre de Roma, nacion á que le habia hecho jurar una enemistad perpétua, consagrándole por el fuego en el altar de Melcarte. No podia legar su furor implacable á más digno heredero. Nadie reunia más aptitud para las cosas más inconexas. Sabia obedecer y mandar, se hacia querer de los soldados y de los capitanes, formaba el plan de una expedicion y lo ejecutaba con igual maestria; versado en cuanto se conocia de la táctica y de la estrategia, el mejor de los peones y el más hábil de los ginetes, no se distinguia en nada de los demas en las marchas ni en los campamentos, si bien se hacia notar en la refriega por sus armas y por